

I

Al fondo del patio, bajo el gran fresno, está la chica del chubasquero azul turquesa, otra vez. Allí sigue, sentada en el bloque de hormigón, enfrascada en el cuaderno abierto sobre sus rodillas.

Su mano garabatea con prisa, a ráfagas. De repente se detiene y alza la vista hacia los tejados herrumbrosos que la rodean. Un viento ligero sacude las copas de los árboles. La brisa entre las hojas levanta un murmullo blanco y granuloso sobre su cabeza. Así suena mediados de octubre en este viejo patio de muros bombardeados. El aire huele a limo, a mantequilla y a candela recién encendida.

Sobre los tejados resuena el graznido de una gaviota. La chica sonríe, baja la vista y sigue escribiendo. El mar queda lejos, de allí y de la memoria genética de esa gaviota. Pero en el cuaderno sí que aparece el mar, por unos segundos, hasta que sus destellos quedan sepultados bajo la sire-

na desquiciada de una ambulancia que pasa a todo trapo y se aleja.

La chica del chubasquero azul turquesa alza la vista de nuevo, distraída o muy concentrada, según se mire. Sus ojos se topan con los tuyos.

No te importa que te haya robado tu sitio bajo el fresno. Una especie de simpatía gremial crece dentro de ti y te empuja a levantar la mano en señal de saludo. La chica baja la vista, sin inmuntarse, y sigue a lo suyo.

Te parece justo. Das media vuelta en busca de otro rincón soleado del patio en el que abrir tu cuaderno.

2

Paul Valéry se levantaba cada mañana entre las cinco y las seis, encendía un cigarrillo —no sabemos si también se preparaba un café— y se sumergía en la escritura de sus cuadernos durante un par de horas sin interrupción. Así durante cuarenta y cinco años. «Estos cuadernos son mi vicio», confesó alguna vez.

En ese monumental diario intelectual que son sus *Cuadernos*, Valéry registró los «hechos del pensamiento mismo», las ideas como objetos observables y en constante mutación: «Estos cuadernos representan la naturaleza provisional, perpetuamente provisional, de todo lo que me viene a la mente».

Pero esos papeles, además de una disciplina mental, eran también el último refugio, «una forma del deseo de estar conmigo, y hasta de ser yo».

3

El cuaderno es el laboratorio del instante, de la impresión escurridiza: figura vaporosa de un pensamiento, rayo de sol tibio sobre una fachada o cielo azul brillante de una tarde de marzo.

Mirada y pensamiento son una misma cosa en el rastro que va dejando la mano sobre la superficie del cuaderno.

4

Los papeles de Ludwig Höhl colgaban de un cordel que atravesaba su estudio como ropa tendida o como fotografías recién reveladas.

Había descubierto el verdadero sentido del trabajo: corregirse, reescribirse, reordenar las frases y los fragmentos de sus anotaciones en busca de una combinación definitiva. Esa fue su principal ocupación durante los veinte años que pasó voluntariamente encerrado en aquel sótano.

A aquel lugar llegaban muy pocos lectores, pero sí algunos incondicionales como Friedrich Dürrenmatt o Max Frisch, que a veces traían la merienda. El verdadero lector tardaría en llegar, pero terminaría llegando, como barruntaba Höhl: «Que tendré lectores, y en el sentido más riguroso, está fuera de toda duda. Lo que no sé es simplemente cuántos y cuándo».

5

Escritura nacida *en, para y a través del* cuaderno.

El cuaderno como punto de partida, como medio y como fin de la escritura. El cuaderno como soporte de una obra siempre provisional, imperfecta y abierta.